

## La gominola



Alberto era un anciano solitario, de costumbres fijas y un sombrero viejo. Tenía el pelo canoso y desaliñado. Su rostro no destacaba bajo su barba de varias semanas. Vivía en un tercero, que a pesar de estar en el centro de la ciudad, no tenía ascensor. El piso era muy pequeño y deprimente; el hecho de subir por tantas escaleras lo hacía peor, incluso parecía estar aislado. La cocina estaba siempre muy limpia y ordenada. Alberto no tenía frigorífico porque se le había roto muchos años atrás y no lo pudo arreglar. El técnico que estuvo en su casa dijo que era mejor comprarse uno nuevo y desgraciadamente para eso no le llegaba la pensión.

Alberto solía alargar el dinero comprando lo mínimo de lo más necesario. Su ropa tenía muchos cosidos. Para el invierno solo disponía de un abrigo de color verde oscuro, con algún que otro agujero que disimulaba bajo una bufanda granate. En general su aspecto era de un

caballero pobre. Su educación era muy correcta, hablaba despacito y con tono de voz agradable. Saludaba a todo el mundo, aunque no lo conociese, con una leve sonrisa.

Desde que murió su esposa, solo tuvo la compañía de un cachorrillo que encontró abandonado cerca de su casa. Era un perrillo de apenas un palmo, travieso y alegre como un cascabelillo. Sus ladridos eran como pequeños estornudos, y decidió llamarlo Gominola, porque descubrió que le encantaban esas golosinas. Llevaba una en el bolsillo cuando lo encontró y al ofrecérsela, se ganó un amigo para el resto de su vida. El cachorro, tenía un rizado pelo de color blanco y largo, y para cortárselo, Alberto gastó lo poco que le quedaba para ese mes en una peluquería de animales.

Los días de frío o lluvia, no salía a la calle, se sentaba al lado de la ventana y miraba, pero no veía nada más que un trocito de una calle peatonal, una farola, y ladrillos para una construcción. Su perrillo se colocaba a sus pies y lo observaba fijamente. Ambos pasaban las horas casi inmóviles, ya que no tenían televisión ni nada para entretenerse. Alberto podía imaginar cualquier cosa, simplemente estaba en silencio. Su mirada se perdía a través de los cristales y probablemente recordaba tiempos mejores, pero no se sentía apenado.

Los días soleados en cambio los pasaban en el parque mirando a la gente y en silencio. Era un parque redondo, con árboles a los lados, bancos de hierro

oscuro y una fuente en el centro. El ruido de los coches y autobuses era lo único capaz de romper el silencio del parque, los críos no jugaban allí. Era un parque de paso la gente lo cruzaba buscando la parada del bus que estaba al lado. La fuente la formaban tres chorros de agua que caían en un estanque sucio. Estaba lleno de la basura que tiraba la gente que pasaba con sus prisas y su falta de educación. No era un parque limpio, ni agradable, pero como le pillaba cerca de casa y Alberto no se quejaba. En realidad, Alberto nunca se quejaba. El viejo llevaba un libro en las manos, daba paseitos entre los árboles mirando con sus ojos tristes unas veces al suelo y otras al cielo. Si tenía suerte y encontraba un banco libre se sentaba y comenzaba a leer su libro. Pasaba las páginas despacio y movía un dedo entre las palabras para conducir a su vista sobre las ellas. Gominola aprovechaba esos días para brincar y saltar alrededor de la fuente, como si estuviese invitando al viejo a participar en su juego. Parecía que perseguía mariposas de todos los colores.

Cuando volvía a casa, solía pasarse por la panadería de la esquina, “El Horno de Pepa” .Era una tienda que tenía un escaparate muy vistoso, por la puerta se escapaba un olor a pan recién hecho. Alberto a veces metía la mano en su bolsillo con ceremonia, y rebuscaba por si le quedaba alguna moneda. Si la encontraba, entraba y compraba una barra de pan caliente, y dos gominolas. Si le atendía María, la hija de la propietaria nunca quería cobrarle, y le decía -Don Alberto, ya me lo pagará usted otro día -. Pero Alberto con una sonrisa

muy cortés insistía en pagar el pan. María una chica joven y romántica encontró en el anciano un amigo con quien hablar de novelas. Lo veía como un caballero de la triste figura, su tristeza le daba pena pero a la vez le despertaba una enorme curiosidad y era la única que conocía su verdadera historia.

Eran muchos los comentarios que los vecinos del bloque hacían sobre el solitario anciano y su juventud. La gente alegremente opinaba si fue marinero, pero no lo fue. Otros aseguraban que fue un soldado. En realidad fue uno de los muchos escritores engañados por su agente, perdió el derecho de su obra y ahora se veía forzado a malvivir de su baja pensión.

Las noches eran tristes y apagadas, por la ventana ya no se veía nada y Gominola que parecía tener miedo a la oscuridad, buscaba refugio bajo la cama. El animal pensaría que allí estaba seguro. Asomaba la cabecilla para observar al anciano. Alberto continuaba sentado mirando por la ventana, no le gustaba llegar a la cama y no tener sueño. Algunas noches se las pasaba en completamente en vela, sentado en la silla mirando a través de la ventana.

Por las mañanas utilizaba la mitad del pan en prepararse el desayuno y llamaba a Gominola para compartir un trocito de pan. Cuando veía salir al perrillo de la cama, sonreía. Los dos habían sobrevivido una noche más. Las noches eran muy tristes para los dos, el perrillo por miedo y el anciano por tristeza.

Alberto, en sus libros había contado infinidad de historias. Escribió sobre muchos personajes y de algunos escribió su final.. Recordó su novela sobre aquel pistolero que fue abatido a manos de unos malvados forajidos.

Conocía que su historia algún día también tendría un final. Se preguntaba cómo podía ser. En el fondo de su soledad, esa cuestión le preocupaba e intentaba escribir un final feliz. Pero sabía que los finales felices son imposibles, siempre será el destino o la mala suerte quien los escriba.

Los días transcurrían y nadie llamaba a su antigua puerta, ni recibía cartas que no fuesen facturas del agua o luz, pero a pesar de ser muy bajas, le suponían muchos problemas. No tenía teléfono, pero si tenía una vieja cámara fotográfica con la que fotografiaba a Gominola de vez en cuando, pero nunca las miraba, no le quedaba más remedio que mantener en su memoria esas imágenes. En realidad la cámara no funcionaba, pero le gustaba simular que hacía fotos.

Un día se levantó muy contento, tenía la sensación de que ese día sería un día especial. Recibió una carta de la policía que decía que su representante había sido detenido y había confesado la estafa. En breve recibiría un cheque por los derechos de su gran obra, una cantidad que cuando la leyó le pareció enorme. Pensó que su suerte había cambiado, se compraría un frigorífico y una cámara de fotos. Gominola intuyó la

felicidad en la cara de su dueño. Los dos se dispusieron a pasar el día en el parque. Sería el último día en el que tendrían que pasar en ese parque, ya que donaría al ayuntamiento dinero suficiente para arreglarlo.

Detrás del seto, en la marquesina de la parada del autobús, siempre había prisa; Todos subían y bajaban rápido.

Alberto hoy no tenía prisa. Le daba gominolas a su perrillo. Le encantaban: jugueteaba y se las comía a mordisquitos. Una de color verde rodó hasta la acera. El cachorrillo la perseguía jugueteón hasta la misma carretera. En ese momento, los frenos del autobús chirriaron. Bajo sus ruedas daba saltitos retozones con su gominola entre los dientes. Sobre el asfalto quedó una mancha de sangre. Alberto pensativo, sin su compañero, cruza la calle. El conductor de otro autobús intenta frenar con todas sus fuerzas, cierra los ojos... y pide un deseo.